

Reflexiones

Por Partiquino



Mayo 2, 1979

Viejos y viejas

■ Es lógico y natural que el hombre mire a sus mayores. El niño observa al joven tratando de descubrir cómo será su propia juventud; el joven mira al hombre maduro críticamente, asegurando que él jamás cometerá los errores de aquél y el hombre maduro, a hurtadillas, contempla a los viejos preparándose para eso que la Constitución Política Española llama eufemística y poéticamente, "la tercera edad".

Personalmente, me he sorprendido observando a los ancianos que tengo a mi alrededor, tratando de captar su sabiduría y su resignación, preguntándome cómo será la vida, cuando el paso siguiente que hay que dar no conduce a ninguna otra etapa vital, sino a la muerte.

En esta suerte de espionaje he comprobado un hecho que me ha sorprendido e incitado a la reflexión. Es distinta, en lo general, la actitud de los viejos que de las viejas. Mientras en el hombre anciano uno aprecia una sobrevida que la más de las veces carece de significación, un estado pasivo y desesperanzado; la mujer vieja conserva hasta donde su salud le permite su quehacer de toda la vida enriquecido por una mayor comprensión, un mayor amor y, también, una mayor alegría.

Si uno da por establecido este hecho y trata de averiguar cuál es el motivo de esta diferencia entre hombres y mujeres en la ancianidad, necesariamente debe llegar a los roles tradicionales que se le han asignado en la vida a hombres y mujeres y cuyo trastrocamiento es sólo historia reciente.

Se le asigna al hombre el papel de proveedor del hogar. A él es a quien le corresponde ganar el dinero necesario para que la familia subsista y, a la mujer, en su labor doméstica, preparar los alimentos, conservar y hasta confeccionar la vestimenta, limpiar y hermosear el hogar. Al llegar a la ancianidad, el hombre pierde su capacidad de trabajo y, jubilando o no, deja de cumplir cabalmente la misión para la que fue entrenado. Es un actor que en la comedia de la vida se ha quedado

sin papel. En cambio, nada fundamental cambia en el rol de la mujer que deberá seguir preocupada de las mismas cosas para las que fue entrenada y realizó toda su vida.

Al llegar a la ancianidad, el hombre desprovisto de su función primordial, suele caer en la depresión que nace de comprobar su inutilidad; en cambio la experiencia femenina acumulada durante largos años la hace en ese período aumentar su importancia y su utilidad.

Por cierto que estoy hablando en términos muy generales. En las sociedades en que las mujeres han asumido los mismos roles que el hombre, su vejez suele resultar más dramática y cruel que la que soporta la contraparte masculina. Aún tengo vivo el lacerante recuerdo de un hotel en Manhattan, donde caí un fin de semana, que estaba destinado casi exclusivamente a hospedar a ancianas que, sin familia y sin hogar, llevaban una pasiva vida de esperar la muerte. Por otra parte, cuando en el hombre su principal preocupación se ha centrado en las cosas del espíritu, es muy posible que repita con Paul Claudel unos versos que el poeta francés escribió al llegar a la edad octogenaria y que traduzco libremente: "¡Ochenta años! No me quedan ojos, ni oídos, ni dientes, ni plernas, ni aliento. Y cuando todo está dicho y hecho. ¡Qué sorprendentemente bien uno está sin todo eso!".

Pero hay un hecho que es el mismo para hombres y mujeres: cada uno va preparando a través de su vida, su propia vejez. Y así como se ha dicho que todos los que han pasado los cuarenta años son responsables de sus rostros, lo mismo se puede decir de la vejez.

Lo malo es que, no obstante estar programada con tanta anticipación, parece que la vejez le llega a todos súbitamente y los sorprende desprevenidos.

Y eso más a las viejas, que a los viejos.